

EL DIABLO

La figura del Diablo, o Satán, se presta a fantásticas elucubraciones que en nada ayudan a la inteligencia de la fe, tarea propia de la reflexión teológica. Es, por otra parte, un tema incómodo, cuyo tratamiento fácilmente se rehuye. Ahora bien, como muestra el autor de este artículo, la incomodidad de este tema puede deberse a su relación con otro tema de mayor incomodidad todavía: el del problema del mal. Y este tema no puede, ni debe, ser rehuido. Todo esto hace que el peliagudo tema del Diablo, en su innegable relación con el problema (o, mejor el Misterio) del mal deba ser afrontado desde la responsabilidad científica y ética (que impide dar pábulo al sensacionalismo). Y, sobre todo, desde la inquebrantable confianza en la victoria final del Crucificado y Resucitado sobre el mal.

Que Diable!, Etudes 349-363

El diablo -aquel que en el NT dispone de un fichero muy completo (Acusador, Belcebú, Bestia, Dragón, Enemigo, Homicida, Malvado, Satán, Seductor, Tentador, etc.)- vuelve a estar de moda.

La imaginación popular dota al diablo de una forma corporal terrorífica o grotesca constante en la iconografía: estas ingenuas representaciones, destinadas a dar miedo o bien a suscitar la aversión o la risa, no son tomadas en serio. Algunas publicaciones pretenden mantener la vieja creencia en el diablo en connivencia con el atractivo de nuestra sociedad por lo irracional.

Hay sectas que reclaman para sí mismas una inspiración satánica y ciertas músicas son denunciadas como tales. Las peticiones de exorcismo han aumentado considerablemente en Francia desde hace unos decenios. Al mismo tiempo que se le hace un guiño a la credulidad, se aprovecha uno de la situación. Si, por una parte, el tema del diablo tiene audiencia, en los espíritus prevale el rechazo de la creencia en el demonio, como producto del oscurantismo. “No se puede utilizar la luz eléctrica, acudir a clínicas modernas en caso de enfermedad y creer al mismo tiempo en el mundo de los espíritus y los milagros del NT” (Bultmann). Muchos quedan perplejos ante lo que puede llegar a decirse del diablo; la desmitificación ansiada se halla alentada por el deseo de no esquivar su propia responsabilidad en el mal.

La Iglesia ha mantenido constantemente la existencia de un Adversario del designio de Dios, sin pronunciarse, no obstante, sobre su naturaleza. Tales especulaciones no son objeto de definiciones conciliares. El concilio de Letrán (1215) se pronunció contra los cátaros para recordar que los ángeles son seres creados por Dios, sin precisar su naturaleza. La encíclica *Humani generis* (1950) declara que el diablo es una criatura personal, sin precisar el concepto de persona. Para evitar el error gnóstico, Pablo VI situó la cuestión del diablo como “la interpretación cristiana del mal”.

ANTE EL MISTERIO DEL MAL

“El mundo va mal”, no sólo a causa de las enfermedades, catástrofes naturales y la muerte, sino también a causa de las guerras e injusticias de todo tipo. No dejamos de

aspirar a un “mundo mejor” y contribuir a su venida. Ante la experiencia del sufrimiento el hombre se ha formulado la pregunta: “Si Dios es bueno, ¿por qué todo este mal?”

Numerosas culturas antiguas han pensado que el mundo, obra de un Ser supremo, sufre los ataques de un Adversario, identificado de manera diversa. Algunos han evocado malos espíritus encargados de hacer el mal y otros han convertido en teoría estas representaciones: ya sea postulando la existencia de un dios del mal, al lado del dios bueno (Irán) o considerando mala la materia de la que está hecha el mundo visible y de la que el hombre es prisionero (platonismo decadente).

La fe judía que se expresa en el Primer Testamento rechaza todo dualismo ontológico, afirma la presencia del único Dios infinitamente justo y bueno y excluye la dicotomía entre la materia y el espíritu: el cuerpo es un don del Creador.

Israel ha interpretado el sufrimiento como una sanción divina provocada por los pecados de los hombres. El diluvio pretende que la humanidad entera comience de nuevo en la justicia con Noé. El exilio en Babilonia se atribuye al olvido, por parte del pueblo elegido, de la Alianza. La sanción divina no tiene carácter definitivo: pretende que Israel tome conciencia de su pecado, a fin de que viva. Todo pasa entre Dios y los hombres, sin recurrir a intermediarios como los poderes del mal que acosan el mundo.

Si el pecado es la causa del mal, Israel plantea un grave problema sobre el origen de dicho pecado. ¿Será debido al pecador que ha comunicado el mal a sus hijos? Ezequiel ha exorcizado la idea de una culpabilidad colectiva (18,2). Pero esta idea sigue planteándose en tiempos de Jesús (cf. Jn 19,2). Este comportamiento es humano. Ante el mal exclamamos: ¿qué le he hecho a Dios para que me trate así? Descargando en el pecado la responsabilidad del mal, se atribuye a Dios el sufrimiento que sobreviene.

Para librarse de este dilema, Israel recurrió a la intervención de terceros personajes. El relato del *Génesis* exonera del pecado de los orígenes tanto a Dios como a Adán, haciendo recaer sobre una criatura de este mundo –la serpiente- el papel de tentador. La tentación se entiende como una prueba de la libertad. La serpiente no se menciona más en el Primer Testamento, excepto tardíamente en Sb 2,24. En el *Apocalipsis* la identificación del diablo y de la serpiente será total (Ap 12,9).

El *libro de Job* plantea agudamente el problema sin resolverlo: víctima de todos los males posibles, sus “amigos” quieren hacerle confesar que su sufrimiento viene de su pecado, pero Job rehúsa reconocer un pecado del que no se siente culpable y prefiere guardar silencio. Ante el misterio del mal reconocemos que existe un Adversario activo, pero no podemos fijar sus rasgos: no es Dios, ni tampoco hombre.

EL ADVERSARIO

El término griego “diablo” proviene de un verbo que significa: “dejar de lado, dividir, acusar, calumniar” y traduce en la biblia griega la palabra hebrea *Satanás*, cuyo significado ha conocido una evolución. Originariamente, no designa un personaje maléfico: es simplemente un “adversario” humano que YHWH envía a Salomón (1Re 11,14 y 23) o que el mensajero del rey Antioco envía a los Judíos (1M 1,36). En Job (1-2) se convierte en un miembro de la corte divina que recorre la tierra y pone en duda la autenticidad de la conducta de Job. Juega el papel de “acusador” (Za 3,1; Sal 109,6).

El término *Satanás* se emplea una sola vez como nombre propio: el Cronista atribuye a Satán, y no a Dios, la incitación hecha a David para elaborar el censo del pueblo, empresa juzgada culpable (1Cro 21,1; cf. 2S 24,1). Satán exime a Dios de una mala acción.

La doctrina sobre el diablo, poder sin rostro que se manifiesta mediante sus efectos, toma forma en los escritos intertestamentarios. Según la *regla de la comunidad de Qumrán*, “un espíritu (o ángel) de tinieblas” ha sido creado por Dios al lado de un “Espíritu de luz”. Se le llama también Belial (2 Cor 6,15). Es evidente la influencia del dualismo iraní. Este oscuro personaje no es de rango divino, aunque puede confundir a los hombres, a quienes envidia (Sb 2,24). Este lenguaje era corriente en el judaísmo del siglo primero.

En el NT, Satán es el Adversario de los hombres y de Dios que ataca la realización del proyecto de Dios actuante en la misión de Jesús. En los evangelios y en las cartas paulinas, la acción atribuida a Satán se dirige contra Jesús y los discípulos encargados de proclamar su mensaje.

Evangelios sinópticos

El tema se plantea en la tentación de Jesús donde el diablo aparece en persona (Mc 1,12s y par.). Esta escena no es la película de un hecho puntual, sino que representa en resumen las tentaciones que Jesús sufrió, no ya a través de Satán, sino de sus propios contemporáneos. Jesús es el verdadero Israel, absolutamente fiel.

Libre ante el poder del mal, Jesús manifiesta su obra liberadora en acciones sorprendentes, milagros de curación y exorcismos. Dichos relatos podrían reflejar las antiguas creencias que atribuían las enfermedades a los demonios. El epiléptico, por ejemplo, es víctima de un demonio (Mt 17,18-20). Los milagros simbolizan la vida restituida íntegramente al hombre. La victoria de Jesús sobre las fuerzas adversas y opresoras se manifiesta directamente en los exorcismos (cf. Mc 3,23).

Al proclamar: “el Reino ha llegado”, Jesús sabe que se halla comprometido en una lucha con Satán. Dios actúa a través de su Enviado: un tiempo nuevo ha empezado, la salvación ya está aquí. Jesús también se sabe triunfador (Lc 10,18; 11,20). La victoria de Jesús sobre Satán no sólo se halla atestiguada por los milagros y exorcismos de Jesús, sino también por la transformación de quienes, a través de él, se descubren perdonados: su corazón es profundamente renovado (Lc 7,36-49; cf. 8,2).

¿Creía Jesús en la existencia personal de Satán o era, más bien, la cifra del mal que separa al hombre de Dios? Para responder a esta pregunta hay que distinguir la afirmación de su presupuesto. Cuando Jesús habla de Jonás no declara nada sobre su existencia, sino que sólo muestra el alcance de su predicación (Mt 12,39-42). Cuando Pedro se opone al anuncio de que el Mesías debe pasar por la muerte, sin ser Satán en persona, Pedro ha hablado como “adversario” del designio de Dios, situándose así en el lugar del tentador (Mc 8,23; Mt 16,23). Salvo para Lucas, que ignora el episodio, Pedro es un agente de Satán. No es que Satán sea una persona: actúa en la tierra; en este caso, en la persona de Pedro.

El cuarto evangelio

El cuarto evangelio aporta un mensaje importante a la tradición evangélica. Descartando la actividad exorcista de Jesús que ataca a una infinidad de pequeños demonios, concentra la atención del lector en la lucha contra Satán, Adversario del designio de Dios, mencionado una sola vez al entrar en Judas que va a entregar a Jesús a los judíos (Jn 13,27).

Normalmente es el diablo a quien se muestra en acción (Jn 8,44). Quienes, rechazando la luz, quieren hacer morir a Jesús son llamados “hijos del diablo”; el mismo Judas es llamado “diablo” (6,70). Aparentemente, el diablo gana la partida. En realidad, viene la hora en que será “expulsado” (12,31; 14,20). La acción del “Príncipe de este mundo” seguirá, pero ya no será apremiante para los hombres, pues el “Paráclito” fijará la “culpabilidad del mundo” en el corazón de los creyentes. El Adversario aparece como “Príncipe de este mundo”, a la cabeza del mundo incrédulo. El mismo mundo, en sentido joánico...

La visión paulina

San Pablo nombra varias veces a Satán en el papel del Adversario del designio de Dios y de la actividad apostólica. Según una concepción judía influida por las mitologías orientales, Pablo habla, además, de “poderes cósmicos” (principados, dominaciones, tronos...), que siguen ignorando la victoria de Cristo, de tal manera que los creyentes han de luchar contra ellos. La mención de estos poderes no juega un papel importante en la enseñanza moral de Pablo. Proviene de la necesidad que tiene el hombre de poblar el mundo intermedio de seres que acortan la distancia que separa a Dios de su criatura.

Además, introduce Pablo en la descripción del combate espiritual un ser que toma de alguna manera el lugar de Satán: el Pecado, no identificable con ningún acto individual del hombre. Este poder aparece dotado de una verdadera autonomía: ha entrado en el mundo (Rm 5,12) y permanece en él; sirviéndose de la Ley, ha tomado vida en mí, me ha seducido y dado muerte (Rm 7,9-11). A los ojos de Pablo, los pecados de los hombres son debidos al Pecado. La descripción que de él da Pablo desemboca en la muerte (Rm 7), compensada, sin embargo, por la gracia que actúa gracias al Espíritu Santo (Rm 8). El combate descrito por Pablo entre la carne y el espíritu actualiza el combate misterioso que la Gracia libra con el Pecado, y el que Jesucristo libra con Satán.

El NT manifiesta una evolución real en el lenguaje, que se esfuerza por presentar la acción de un ser invisible, llamado Satán. Al imaginario de los contemporáneos de Jesús sucede la interpretación metafórica de la acción actual del diablo.

EL COMBATE CRISTIANO

Según la Biblia, el creyente, en su condición de combatiente a favor del designio de Dios, desea conocer a su Adversario.

A la búsqueda de un Adversario personal

Inspirándose en los relatos evangélicos, en el adversario se ve a Satán, vencido por Jesús y que vuelve. Aunque no pueda definirse, la imaginación ha fabricado del Adversario un ser horrible, a quien se atribuye la inspiración de todos los crímenes. Su suprema astucia consiste en hacer creer que no existe. Algunos hombres de Dios piensan haberle oído en el transcurso de algunos exorcismos y conocer mejor su táctica; pero los escépticos en este ámbito son numerosos.

Algunos santos habrían sido víctimas de maleficios de orden demoníaco, por ejemplo el cura de Ars. Los testigos de tales fenómenos pueden mantener una creencia real en la actividad de los demonios, pero nunca podrán convencer objetivamente a los escépticos.

Sigue en pie que Jesús tuvo conciencia de luchar explícitamente con Satán. También los padres del desierto experimentaron la malicia del jefe de los demonios. Mis trabajos me han llevado a reconocer que incluso Francisco Javier tuvo experiencia de ello. El hombre solo y abandonado, que se dispone a llevar a cabo una función capital para el advenimiento del reino de Dios, llama la atención del Adversario.

Estas experiencias no son frecuentes y sólo llevan a reconocer la realidad del combate. No se puede identificar a Satán con una persona determinada. El diablo no es una persona en relación a otras, puesto que es por excelencia el ser “despersonalizante”: es, más bien, una no-persona (*Un-person*). “Satán es el acto de decir no, lo cual lo deshace todo, deshaciéndose a sí mismo. Como un loco que se afirmase matando a todo el mundo, para acabar matándose a sí mismo (E. Pousset). Llámesele Satán o diablo, lo importante es no quitarse la culpa de encima a base de convertirse en espectador del drama.

El camino de la metáfora

Juan Pablo II presupone una concepción auténtica de la persona: no únicamente como individuo consciente, sino como un ser comprometido con la sociedad. Según él, además del pecado personal, existe la realidad de un *pecado social* en el sentido de que *todo pecado personal tiene “una repercusión sobre toda la comunidad eclesial y sobre toda la familia humana”*. Esta dimensión social del pecado puede abrirnos a una mejor comprensión de lo que es Satán.

La vía de la metáfora se utiliza muy a menudo en la Biblia, empezando por el relato del *Génesis*, que muestra al tentador como un ser inframundano, que no tiene nada de espiritual. La serpiente es una metáfora del Adversario de Dios y de los hombres. Ya se trate de un ángel de la corte divina o del príncipe de los demonios, siempre nos expresamos en un lenguaje metafórico.

El evangelista Juan conoce bien al Satán que ataca a Jesús de Nazareth, pero cuando anuncia la presencia del Adversario en lucha con sus discípulos después de su marcha, le llama el “Príncipe de este mundo”, o incluso el “mundo” en el sentido negativo que le da a menudo. El proceso de Jesús sigue hoy con sus discípulos, asistidos por el Paráclito (Jn 16,8.33).

San Pablo propone otra metáfora: el Pecado interviene en nuestra historia como un ser que quiere cambiar la situación. Se encuentra en el origen de la muerte que nos afecta y provoca en nosotros acciones que llamamos “pecados”. ¿No es el Pecado la máscara de

Satán, origen del mal? Satán ya no es un “ser” exterior a mí, puesto que el Pecado habita en mí (Rm 7,18-20). El fin del combate es una victoria cierta, pues Jesús ha triunfado del Pecado. El Espíritu Santo habita en nosotros, llevando a cabo el misterio de nuestra vida cristiana (Rm 8,9). El combate contra Satán no es contra un ser fuera de mí: se convierte en el combate del Espíritu contra el Pecado que tiene lugar en mí, es decir, en el combate del espíritu contra la carne. Y es llevado a cabo por la comunidad de los que han acogido el Espíritu.

Es inútil la hipótesis de un Ángel caído que ha venido a corromper la naturaleza humana. Estoy ante mí y ante el mundo en el que me encuentro. No me hago ninguna ilusión sobre el pecado de los orígenes. Hemos hecho plausible y concreta la existencia del Adversario, pero ¿de dónde viene?

¿De dónde viene el Adversario?

¿Cuál es el origen del “misterio de iniquidad” que se cierne sobre la humanidad hasta el último día (2 Tes 2,6-12)? Según el relato de la creación de Adán (Gn 2,7), el hombre es un ser viviente no gracias al alma que posee, sino gracias al soplo divino que le es concedido hoy. Se mantiene en vida por su relación con Dios que constituye el presente de su ser. “El hombre es infinitamente superior al hombre” (Pascal). La meta del hombre es expresar a Dios presente en él. Según los Padres de la Iglesia, el proyecto divino es hacer que lo que no es Dios se convierta en Dios. En esta búsqueda de Dios el hombre debe negarse a sí mismo, lo que contradice su deseo fundamental: situarse en el ser.

El hombre no quiere contradecir a su propio ser. La invitación divina le parece paradójica: Dios no es la *causa* del pecado, sino su *ocasión* inmediata. Dios permitiría el pecado de cara a un bien real. ¿No será esto hacer del pecado un medio para el bien? Esto es insostenible. El proyecto de Dios no se termina con la creación sino que se realiza en la encarnación. Dios no dice lo que hay que hacer: lo hace. Se hace hombre. Incluso, se hace Pecado (2 Cor 5,21).

Muriendo en la cruz, Jesús se niega a sí mismo, llevando a cabo el proyecto divino (Flp 2,6.11). Se convierte en el nuevo Adán, príncipe y cabeza de una nueva humanidad. En adelante, todo hombre expresará a Dios en Jesús. El misterio de la Cruz no da una explicación racional al misterio de la iniquidad. Al contrario, invita a que desaparezca toda la racionalización del misterio.

El creyente debe manifestar el valor de las diversas metáforas que le permiten actualizar el combate con el Adversario (cf. 1 Jn 2,15s). Por su parte, Pablo define en Rm 6,12 el comportamiento que ha de adoptar el que ha “muerto al Pecado”.

Proposición

Sin haber resuelto el problema del mal, hemos precisado los lenguajes en los que se puede reconocer el misterio del mal actuante en nuestro mundo. En el lenguaje clásico, se personaliza al Adversario como un ser espiritual perteneciente a la categoría de los ángeles. Esto ayuda a darse cuenta de su presencia concreta y eficaz, pero hace recaer sobre dicho ángel la responsabilidad del mal. Por nuestra parte, hemos presentado al

Adversario como un ser caracterizado por la dimensión colectiva; su acción no se limita a casos extraordinarios, sino que se ejerce en lo cotidiano.

El primer lenguaje sigue siendo válido y necesario en ciertos casos, cuando el Adversario se manifiesta especialmente contra el Designio de Dios. El segundo actualiza concretamente su acción en la vida ordinaria. Ciertamente, puede ser confundido por la experiencia del mal en el mundo, en la medida en que “proviene” de otra parte y transforma el problema del mal en un “misterio” que sólo encuentra sentido en la Cruz de Cristo.

El diablo no se identifica con mis malas tendencias, ni con la suma de los males que nos aplastan. El pecado que me habita, como el Mundo (en el sentido jónico) en el que yo vivo, es un “extraño” a mí mismo. No puedo disculpar mis pecados en Satán, porque soy cómplice de la existencia de esta comunidad en el mal, y también víctima. Pecando, engendro y hago vivir aquella realidad que podría calificarse como “comunidad en el pecado” en oposición a la “comunidad de los santos”. Pero, como el pecado es esencialmente división, es mejor llamarle “la banda de los pecadores”.

Me encuentro confrontado conmigo mismo, pecador y agraciado a la vez. La lucha, iniciada y transformada en victoria por Jesús y su Padre, se convierte en nuestra propia lucha, animada por el Espíritu Santo, concedido incesantemente por Jesús. San Pablo habla del “espíritu” en oposición a “la carne”, que no son dos realidades sustanciales, sino dos poderes actuantes en el hombre. El espíritu es el Espíritu Santo actualizado en mí; la carne, el Pecado actualizado en mí. San Ignacio de Loyola, heredero de la tradición eclesial, lo subrayó en la meditación de las *Dos Banderas*: el *Caudillo* envía a sus demonios para contrarrestar el designio de la mayor gloria de Dios del “sumo y verdadero capitán”.

Gracias a la dimensión colectiva que caracteriza la lucha entre el bien y el mal, las “plegarias de liberación” hallan su verdadero sentido: un grupo de cristianos busca, mediante la oración, entrar en comunión con una persona que se cree prisionera del mundo del mal. El combate no tiene lugar entre dos individuos, sino entre “la comunión de santos” (el grupo de la plegaria) y la banda de los pecadores.

El lenguaje en el que nosotros nos expresamos puede variar según las épocas. Algunos siguen hablando del diablo como de un individuo nefasto; otros piensan que personifica el mal universal. Lo esencial, a los ojos del cristiano, es que Jesús lo ha vencido. Aunque el Príncipe de este mundo, el Pecado, actúe siempre, de diversas maneras, la victoria está asegurada.

Tradujo y condensó: ANA RUBIO